

eternales que está en nuestras manos evitar, para la felicidad eterna de tantos como son los que por huir de un mal perpetuo, se santifican por fin y se tornan en inspirados cantores de las maravillas de un Dios providente.

Haceos á un lado, blasfemos, vosotros debéis formar los sombras de ese cuadro divino, en que se dibuja una Providencia infinita: atrás y abrid paso á los adoradores de esa mano benéfica y pródiga en misericordias; y si maldecís de ella porque os quiere conducir al bien por la expectativa de la pena, ya que no os basta la gratitud y el deber, sereis el escarmiento de muchos que, con lógica mas consecuente, huirán del castigo y del temor servil, y se verán alentados por la dulce sonrisa del ángel de la esperanza. Haceos á un lado, que de vuestra descendencia se escucharán amantes loores bendiciendo ese ojo providente, y contraponiendo á vuestras diatribas sus cánticos de alabanza. ¿Y preguntaréis todavía, para qué os ha criado Dios?

## OBJECION

# CONTRA LA PROVIDENCIA,

## DEDUCIDA DEL MAL FISICO.

Hay por desgracia infelices que no forman armonía con los demas seres, en el gran cántico que toda la naturaleza entona celebrando esa Providencia cuyo ojo escudriñador todo lo mira y lo dirige á los planes benéficos de la sabiduría infinita, sino que blasfemos la acusan de los males que afligen á los hombres.

¿Cómo es, dicen, que un Dios misericordioso no enjuga las lágrimas que sin cesar inundan la tierra, no calma los dolores de la mansion de las espinas, y no destierra los peligros que por todas partes amenazan á los mortales acibarando de continuo su desgraciada existencia? ¿Por qué no torna en risa el llanto, las espinas en flores, y el inquieto temor en plácida esperanza?

Ninguno tiene menos derecho que vosotros, filósofos mentidos, para inculpaciones tan fa-

laces, vosotros que alejais al llanto el consuelo, el lenitivo al dolor, y á todos los males la esperanza.

El que es espiritual bendice á Dios en las adversidades, porque al traves de las penas mas erizadas ve allá en lontananza levantarse el iris celeste que le recuerda la alianza con su Hacedor: ve ese ojo providente que no ha de abandonarle, y sabe que se tornará en dia bellissimo la oscura noche de la tribulacion y que se realizará por fin alguna vez este halagador principio. "Bienaventurados los que lloran."

Para vosotros, incrédulos desgraciados, sí es verdad que no hay luz que desvanezca con tanto las espesas nubes apiñadas de los negros pesares y teneis que sumergiros sin remedio en un diluvio de horrores que os conducirán á la desesperacion; pero vuestra es la culpa por haberos formado el hastío que os devora, y por haberos cavado el inmenso vacío que os cerca por todas partes, y del que inculpais temerarios á una Providencia siempre pródiga en sus misericordias. Pero si arastrando apenas una cadena de errores é ignorancia, de ansias y de miserias, os apegais tanto á la tierra y sois tan orgullosos; ¿qué seriais sin el temor y sin las lágrimas, en un continuo goce sin sufrimiento? Compadezcá-

monos del blasfemo y formemos mas sensatos raciocinios.

Si un Dios no puede complacerse en el tormento de su infeliz criatura, preciso es inferir consecuencias dignas de la misericordia infinita. "Dios, ó no quiere, ó no puede librar á los hombres de los males que les aflijen." He ahí un dilema, muy propio á la verdad de la ignorancia jactanciosa, y que nada quiere decir en resúmen. Dios no quiere ni puede sino lo que es conforme á su sabiduría infinita. Dejemos á la triste humanidad el privilegio de separar su voluntad de la razon: de caminar á ciegas y sin plan, y de preferir á lo verdadero lo aparente.

Colocada bajo su punto de vista, y despejada de la capciosidad conque se presenta, la cuestion no tiene dificultad alguna.

Este es su verdadero terreno. ¿Es conveniente en la tierra el mal físico? ¿Es mayor la sabiduría del hombre que desea estirparle del todo, ó la de Dios que le conserva?

Un dilema que tan formidable se presentaba, en ningun fundamento descansa. Muchos medios se pueden presentar entre no querer y no poder. "Yo quiero y puedo esto; pero no es justo, no es conveniente, no es racional, decimos muchas veces." No insistas

mas, hijo mio, este goce que te parece tan deleitable, te seria funesto; ese sufrimiento que se te hace tan odioso, hará tu verdadera felicidad. Cuántas veces habreis dicho así á vuestros hijos; y cuántas cuántas, el sabio médico que mas os ama, habrá tenido que aplicaros bebidas amargas, cáusticos y cauterios. Vosotros descansais en la ciencia humana, pero no quereis reposar en la sabiduría divina. El dilema propuesto no se sujeta á las leyes del raciocinio, porque se da medio.

Ahora veamos si se infiere la conclusion. Dios no quiere impedir el mal físico: luego es cruel. Famosa consecuencia: ¿no es mas recto deducir que no es conveniente su abolicion acá en la tierra? Dios no puede impedir el mal físico: luego no es poderoso. Dios no puede impedir el mal físico, porque no puede obrar contra los planes de su sabiduría infinita, como un padre no puede dejar de afligir al hijo mas amado de su corazon, cuando así es conveniente á su verdadero bien; luego no es poderoso. Tambien es absurda semejante deduccion.

Pero qué decís: ¿que Dios ó no quiere ó no puede impedir el mal físico? Echad una mirada retrospectiva sobre vosotros mismos, y mil sucesos verdaderamente providenciales

se levantarán contra vosotros para desmentiros. Derramad vuestra vista por todas partes y encontrareis por donde quiera multiplicados monumentos que os atestiguarán sin duda todo lo contrario. Si preguntais á todos los hombres, os dirán que en cualquier suceso extraordinario, en cualquier peligro, en todo acontecimiento próspero ó adverso, se sienten instintivamente movidos á ocurrir á la divinidad, implorando su auxilio en las calamidades ó tributándole gracias y bendiciones por la prosperidad: pruebas suficientes de que pertenece á la conciencia universal la íntima persuasion de que Dios nos atiende siempre y nunca nos abandona, y de que puede y quiere libraros de todos los males, supuesta nuestra cooperacion y verdadero interes.

En efecto, todos los pueblos de la tierra, repito, han invocado á la divinidad en las calamidades públicas y todos los individuos en las privadas; y aquellos y estos le han rendido en todo tiempo gracias tambien por los acontecimientos faustos, atribuyendo á castigos de la omnipotencia ó á efectos propios de la perfeccion de las criaturas, las calamidades que experimentan las naciones y los individuos, reconociendo empero la justicia y la misericordia en medio de las aflicciones, y que Dios quiere y puede libraros de los ma-

les físicos que nos aquejan y de que de facto nos libra.

Dios no quiere librar á los hombres de todos los males físicos, sino que ha mezclado estos con los bienes: esta es otra cuestion muy diversa á la verdad. Ya hemos observado que si el hombre solo tuviera goces en la tierra, se apegaria demasiado á ella y seria mayor su soberbia que la que domina constantemente su corazon, ahora que solo tiene motivos de humillaciones y de dolorosos suspiros. Reflexionad lo que es el hombre en la prosperidad, ved la dureza de su corazon, su ensimismamiento y el olvido absoluto de su Creador. Ved igualmente á la ávida descendencia de Adan, cómo corrió solícita tras de placeres y de bienes efímeros que sabe que al tocarlos ha de ser punzado por agudas espinas. Supongamos, por otra parte, que este orgullo y la posesion de bienes menos amargados pero terrenos, no habia de causar males sensibles. ¿El daño del alma podria ser indiferente á la Suma Santidad?

Pero no todas las desgracias de que el hombre se lamenta con relacion al orden físico podemos atribuir las á las pocas ventajas de nuestra natural miseria: el mayor número de ellas, y las mas grandes, nos vienen de

nosotros mismos y de los demas hombres nuestros hermanos.

Repasemos uno á uno, los dias que hemos sufrido sobre la tierra, y nuestro corazon se oprimirá al comparar lo que es, con lo que debia ser esta mansion de destierro, sí; pero cual corresponde al hombre que es el monarca de nuestro globo; y nos desengañaremos de que lejos de poder acusar á la Providencia del cúmulo de males que nos afligen, somos responsables de estar contrariando sin cesar los planes divinos, y que nuestro Creador aleja constantemente de nosotros, las consecuencias funestas de nuestra imprudencia y desórdenes. ¿Qué seria de este nuestro mundo si una accion superior no estuviera neutralizando y previniendo las consecuencias de nuestros vicios y pasiones?

Si se redujeran nuestros males á los anexos á nuestra misma naturaleza, cuánto mejoraria la suerte de los mortales; y ¿cómo se tornarian la risa en llanto y en una fuente de consuelo y de satisfacciones, las mas negras desdichas? Cada hombre debe ser una providencia para sus semejantes, y amarlos como á sí mismo. La violacion de esta ley de amor y de concordia, es la que ensangrenta toda la tierra y hace correr torrentes de

lágrimas en toda su superficie; envenenando las heridas, lejos de cicatrizarlas.

El desnivel de posesiones, genios, capacidades y circunstancias, así como la mezcla del goce y del padecimiento, y todo lo que nos contradice y reputamos mal, forman la armonía mas completa, como en un coro la diversidad de tonos, su prolongacion ó rapidez. ¿No veis en una composicion musical, qué grato efecto produce una nota melancólica, la modulacion de un gemido mas ó menos prolongado, y qué melodía tan encantadora los diversos tintes de sentimientos y afectos opuestos, mezclados hábilmente por el compositor? ¿Y podremos echar en cara á este, la ejecucion de los filarmónicos?

En la tierra, segun los decretos de la sabia Providencia, el rico debe ser tesorero de los pobres; el sabio, luz de los ignorantes; y el poderoso, protector de los débiles: todos los hombres son de sus semejantes y para sus semejantes; pero nosotros, lejos de seguir los caminos de la Providencia, tomamos contrarios rumbos, desconcertando por nuestra parte, y hasta donde es posible, el orden establecido, abusando cada uno del papel misericordioso que debe representar. Dios no manda que el rico sacrifique al pobre para amontonar mayores tesoros: que el ignorante sea

engañado por el mas entendido; y que el poderoso oprima al débil con la fuerza conque debe socorrerle. Dios no prescribe esa lucha continua de la envidia del pobre hácia el rico; de la petulancia altanera del ignorante, usurpando su puesto á los sabios; ni la rebelion del súbdito contra toda autoridad. Examinemos si estamos nosotros en el puesto que nos corresponde, si no contribuimos en manera alguna al trastorno y subversion del orden regularizador de la Providencia, y entonces nos sorprenderá mas bien esa bondad infinita, que no se causa de ser contrariada por todos y en todo, y que lejos de abandonarnos á las naturales consecuencias funestas de tanta irregularidad é ingratitud, sabe sacar bienes de los males, y nos consuela aun de las desgracias que nos han acarreado nuestra desobediencia y rebelion á sus mandatos.

Por lo demas, las diversas condiciones de los hombres, son siempre benéficas á la humanidad. Supongamos por un momento que desaparecen de la tierra con todos los males físicos que nos vienen de nuestra propia naturaleza. ¡Qué insufrible monotonía! ¡qué molicie y qué pequeñez la del hombre! Su limitacion solo le permite abarcar un algo. ¿Y no era este algo con lo que se tendria que

conformar toda la humanidad en el supuesto de que todos los hombres estuvieran dotados igualmente? Haced la aplicacion de semejante hipótesis, teneis un campo inmenso, multiplicad los ejemplos que á simple vista se destacan, y vendreis á convenir por fin en que sois absurdos y ridículos, cuando quereis enseñar á la divinidad, cómo debe repartir sus dones entre sus criaturas para el bien procomunal.

Examinemos los que llamamos males físicos y veamos si así pueden ser llamados. El dolor, las penas, el temor y toda clase de contradicciones, producen en nosotros efectos ya físicos, ya morales, que nos indemnizan con mucho de los tan ponderados sinsabores que nos causan. ¿Qué bienes físicos nos puede traer el dolor, me direis? ¿Pues quién sino él os advierte tantos peligros como atacan vuestra existencia? Hagámosle desaparecer de la vida y ¿quién nos anunciaria la muerte? El nos revela la descomposicion y destruccion de nuestro organismo, para que cuidemos de reponerle, y nos advierte de nuestros últimos dias, que de otra suerte, nos sorprenderian mas desapercibidos; y el dolor en fin, nos hace evitar peligros sin número, que destruirian nuestra delicada máquina sin que nos apercibiésemos de ello y sin remedio.

Recorred todo lo que contraría á la humanidad, comparándolo con la relacion que tiene con el todo, y hallareis solo motivos de gratitud á ese Dios providente que ha sembrado en nuestro camino tantos contrastes que embellecen este mundo, y de los cuales todavia no percibimos en muchos los tesoros de utilidad que para el hombre encierran; porque su Hacedor se complace en hacer bienes ocultos á su predilecta criatura, por los cuales ésta debe rendirle tambien cánticos de gracias tanto mas públicos y esmerados, cuanto es mas delicado el beneficio. Yo estoy persuadido de que á esta clase pertenecen el mayor número de los que nos concede esa Providencia infinita, que como una madre tierna, oculta preciosos juguetes á su pequeño, para que goce el placer del hallazgo.

Esa Providencia inescrutable, premia la laboriosidad de los hombres y sus sacrificios por la humanidad. Franklin, con riesgo de su existencia, levanta el para-rayos, salvando la vida de tantos, y se ciñe la aureola de la inmortalidad: el trueno, símbolo de furor y de muerte, era la voz poderosa de la Providencia que llamaba al hombre para que fijándose en el fluido eléctrico, pudiese comunicarse con toda la raza humana, mediante la invencion del telégrafo. Morse encadenó

el rayo en el alambre, y ha estrechado todos los continentes que bendecirán su nombre agradecidos. En las playas de Inglaterra se mira un mónstruo marino que se acerca á ellas desconocido: sus imponentes bramidos y celeridad extraordinaria, asusta á los delfines y ballenatos, á las serpientes y mónstruos marinos. Esa máquina de terror, era la locomotiva de Fulton que tomaba posesion de los mares, acallando la soberbia de las olas, porque una sabia Providencia le inspira al hombre hurtar el cuerpo de lo que le es peligroso, y encadenarlo para hacerlo producir el bien, sumiso y obediente en favor del elevado Monarca, á quien su autor ha dado el dominio de las aguas y de los vientos, de la tierra y de las tempestades.

Pero si respecto á la naturaleza tantos bienes saca el hombre del que se llama malfísico, respecto á lo moral son verdaderas riquezas é inestimables para el alma, sus tan temidos y poco apetecibles frutos. Preguntad á una madre si se arrepiente de haber sentido los dolores del parto, cuando imprime un tierno ósculo en los inocentes labios de su parvulito. Veis aquel hombre víctima de los mas tristes desengaños, hastiado de la vida y agotada la sensibilidad á fuerza de sufrimientos: la Providencia le preparaba un ami-

go, y fué preciso que experimentase toda clase de desdenes y de injusticias, para que le sonriera la dulce amistad con toda su solicitud y desprendimiento, con todo su encanto y su verdad. Penetrad conmigo á esos asilos de misericordia, á esas mansiones del dolor y del quebranto: allí una delicada vírgen llena de abnegacion se impone voluntarios sacrificios: mitiga los dolores del desvalido que padece: sufre resignada la ingratitud y la calumnia: llora con quien llora y vierte un bálsamo de consuelo para cada uno de los pesares del espíritu..... Escuchad ahora con qué acento tan dulce é insinuante levanta el corazon de la que ya estaba próxima, casi rendida á la desesperacion, y que se detiene sorprendida á escucharla: derrama llanto y se siente aliviada y conmovida. Esa infeliz enferma tiene mucho que olvidar: se vió jóven, hermosa, celebrada: desvaneciósese con el humo de la alabanza y de la adulacion, y su caida fué lastimosa. Debíó y pudo levantarse; pero envuelta en un torbellino de desórdenes, el desprecio con todo su frio glacial; la pálida vejez con sus profundas arrugas, con todos sus desencantos; y la enfermedad moral con sus negros horrores y remordimientos, empujaban ya á la desesperacion y con ella blasfemia y á la impiedad; y en vez de

ello veo dos aureolas gloriosas que circundan, una el bello semblante de la doncella cristiana, y la otra el de la pecadora arrepentida que se purifica en los padecimientos que bendice.

Venid, pretendidos sabios, pretendidos amantes de la humanidad, que os decís filántropos y humanitarios, y decidles á los desgraciados que la Providencia no se cuida de los hombres, ó presentadles como lo haceis, un Dios cruel que se complace en atormentar inutilmente á sus criaturas: decidles que la misma suerte se le espera al opresor y á la víctima, al justo y al injusto, porque todo se distribuye al acaso, sin plan y con parcialidad y ¿hareis renovar la paz del corazón, renacer la esperanza, y que la resignacion conduzca al hombre hasta afrontar con serenidad, con positiva alegría toda suerte de sinsabores? ¿Vuestras predicaciones dulcificarán las costumbres, alentarán las virtudes y darán la felicidad á los pueblos y á los individuos? ¿Presentais al Ser infinito como debe existir sin límite en perfeccion? ¿O negais de hecho su existencia incompatible con el mal, haciéndole cargos indignos á su santidad, y muy propios de vuestra ingratitude y no atrevimiento? Por fortuna el árbol se <sup>no</sup> atreve por sus frutos, y el resultado de vuestras

doctrinas patentiza sobreabundantemente que son opuestas á la existencia del ente infinito, á los planes que revela la creacion y á la tranquilidad del género humano. Vuestra filosofía solo trae consigo errores, oscuridad, trastornos, desgracia é infelicidad. Si creéis que en efecto es tan infeliz la suerte de vuestros semejantes, olvidad vuestra sabiduría que aleja todo consuelo; y no con el pretesto de maestros, nos hundais en un abismo sin salida y lleno de horrores. Si no tenéis capacidad sino para conducirnos al crimen y á la desesperacion, cerrad vuestras cátedras, enmudezcan vuestros labios, y execrad y maldecid una ciencia que es tan funesta: apiadaos de nosotros, y no nos hagais mas miserables.

Los males físicos no son verdaderamente males, porque no nos separan de nuestro fin, sino que por el contrario nos conducen á él de una manera muy eficaz por lo que mejor podemos reputarlos bienes; y un recto juicio si no hubiera otras pruebas muy concluyentes de que no es de la tierra la felicidad para que fuimos criados, atenta la bondad infinita, lo insustanciales que son al hombre los goces mas legítimos que le rodean y la mezcla de tantos sinsabores y angustias como por todas partes le cercan, en vez de acusar osado á la



Providencia divina, debia inferir que le reserva otra mejor estancia, y entonar himnos bendiciendo á ese Dios que nos ha condecorado con mas alto título que el de monarcas de nuestra esfera.

## DIA PRIMERO

Y DEVOCION

PARA LOS TRES DIAS ULTIMOS DE CADA MES

EN HONRA DE LA

# DIVINA PROVIDENCIA.

